

que
nes
ulta
ne-
ral,
go.
oor
os,
ta-
ra-
fe-

La Gran Via

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

AÑO III.

Madrid, 17 de Marzo de 1895.

Núm. 90.

Director: Salvador Ruoda.

Nota Artística



DIBUJO INÉDITO DE VERDIGUIER

AUTOR DE LOS FAMOSOS PÚLPITOS DE LA CATEDRAL DE CÓRDOBA



Uno de los fenómenos que excitan mi curiosidad, es el del hombre-paraguas.

Me explicaré.

Que cuando llueve, todos nos mojamos, es verdad callejera.

Todos los que salimos á exponernos á ello.

Cuando llueve es cuando debe usarse el paraguas.

Esta es otra verdad de las de Gedeón, Grullo y otros clásicos.

El paraguas es una de las primeras necesidades para los aguadores, y para otras clases igualmente privilegiadas.

Una de las atenciones importantes para la juventud estudiosa que viene sobre Madrid, procedente de varias comarcas, (respectivamente), bien en tercera clase, bien como *sportman*, descalzo y con los zapatos acuestas, es el paraguas.

Sin este aparato, ¿qué persona puede aspirar á los primeros puestos del Estado?

Paraguas, reloj de níquel y un almanaque, no pueden faltar á persona que se estime en algo.

¿Adónde va un hombre sin paraguas, pongo por caso?

El cariño del aguador al paraguas es muy justificado.

Como el médico, y Dios me perdone la comparación, conoce el peligro y le teme.

Nadie como él para dar al agua la importancia que tiene.

Lo que no he podido explicarme jamás es el cuidado que ponen algunos individuos de la clase de pingajos sociales, en tapar con el paraguas los guiñapos de su indumentaria.

—Vaya usted con Dios, hombre—decía una chula días pasados, á uno de esos que la enganchó el pelo con una varilla del paraguas, al pasar á su lado,—y tápese usted la cazadora, que se corre la tinta.

—¿Qué se tapará este hombre?—me pregunto algunas veces, viendo á un infeliz que parece un manojo de acelgas, con flecos en los pernils de los pantalones, los codos en libertad y un sombrero que parece *petitsous* de luto.

Pero los más notables son los improvisadores de paraguas.

En un día claro y hermoso se arma de repente una tormenta.

Para librarse de las primeras gotas de agua, siempre hay paraguas.

Parece que los llevan en el bolsillo.

En cuanto empieza á llover hay caballeros en plaza con paraguas alzado.

También es posible que les avise algún padecimiento intestino del cambio de tiempo.

Ello es algo superior y extraordinario, de que carecemos los demás mortales.

Una mujer con paraguas es una fiera; preciosa fiera, cuando es guaga de suyo, y por principios, no por convicción; pero con el paraguas en la mano es un peligro terrible.

Lo mismo le da sacar un ojo á cualquier transeunte, que dos, mientras ella libre su hermosa cabecita de una gota de agua.

Uno de estos últimos días de lluvia, una señora enganchó con una punta del paraguas la nariz que «traía» un caballero inofensivo.

—¡Caracoles, señora!—exclamó el infeliz, dolorido.

Y la agresora, deteniéndose y soltando al pez involuntario, replicó indignada:

—Cuando le brota á una ó á uno semejante nariz, la lleva con funda.

Así habrán llegado los moros de la Embajada á Tánger, para librarse del agua.

¿Qué cosas contarán de nuestro país!

Y del Ministro de Estado, particularmente, á quien Sidi-Brisha profesa ó profesó, durante su estancia en España, singular cariño.

Ya estamos arreglados con ellos para una temporada cómica ó para dos.

Nos queda ahora el arreglo con los otros moros de Mindanao y Joló.

Y lo de Cuba.

El pueblo despidе con dolor y entusiasmo á un tiempo á los soldados que van á defender la honra de la patria en Cuba.

Parece que los *mambises* empiezan á desistir de sus pretensiones.

Antes de embarcar, despidiéndose de su novia un cabo de Cazadores, en Cádiz, la preguntaba:

—¿Qué quies tú, mi vía? ¿Que te traiga ar Guiyermán? Yo te doy mi palabra, de traerle disecao y en su peana, como un loro de la familia que se pone en conserva.

No todo ha de ser triste.

La nota alegre y halagüeña es la de la botadura del *Carlos V*.

Por cierto que.... vamos, no quisiera ser inoportuno—como aquel que llegaba á una casa á la hora de comer, y se sentaba á la mesa, diciendo:

—No quisiera ser inoportuno.

Pues bien, ¿qué *Carlos V* es ese en cuya memoria se ha bautizado al crucero?

¿Será D. Carlos María Isidro de Borbón?

Porque el otro era, en España, si no me equivoco, Carlos I.

EDUARDO DE PALACIO.

BUSTO

Para Salvador Rueda.

La luna desde Oriente su argénteo carro encumbra,
y el sitio en que está el piano con viva luz alumbrá,
Del resto de la sala, sumido en la penumbra,
el exquisito, extraño mueblaje se vislumbra.
Al piano está la hermosa; su blanco traje regio

le escorza el lineamiento de su perfil egregio.
Preludia un canto, y finge su voz ignoto arpegio
de notas como gemas de un mago florilegio.

Cual mariposas róseas sobre brufida nieve,
sobre el marfil sonoro sus lindas manos mueve,
y triste melodía con el cantar se junta.

¡La música solloza; y á su doliente onda
asaltan á la hermosa, como funérea ronda,
las muertas ilusiones de una era ya difunta!

DARÍO HERRERA.

(Colombia.)

JOYA

Negras perlas de Oriente brillantino
semejan sus pupilas enlutadas;
el azabache matizó sus cejas,
y en su alba frentese durmió la nácar.

Turquesas, por sus venas se filtraron
bajo su piel de refulgente plata,
y fueron á tefir de los zafiros
sus párpados, las notas azuladas.

Fingen sus labios nido de rubíes,
en cuyo rojo fondo se destacan,
como en estuche rico, blancos hilos
de perlas, por el iris esmaltadas.

Los corales besaron sus mejillas,
cubriéndolas de tintas escarlata,
que á veces amortiguan los topacios
con los destellos de sus luces pálidas.

¡Y el diamante, no brilla en parte alguna
de ese cuerpo, trasunto de las gracias?
¡No brilla, no, para martirio mío!....
¡Dura como el diamante tiene el alma!

JOAQUÍN ALCAIDE DE ZAFRA.

* *

El canto de mi canario
me tiene loco de pena,
que lo cuidaba mi madre
y el pobre llora por ella.

EDUARDO LUQUE AICARDY.

UNA MADRE Á SU HIJO

Mi fe te irá guiando
mi amor te escuda;
te defienden mis rezos
y Dios te ayuda.

Yo no veré tu barca
que al mar se fia;
pero yo haré contigo
la travesía.

Cuando ya no descubras
árbol ni monte,
búscame en los celajes
del horizonte.

Y cuando al cielo mires
doliente y mudo,
cítame en un lucero,
verás si acudo.

Quisiera ser estrella
para alumbrarte,
y vientecillo leve
para empujarte.

No sufras, hijo mío,
por más que llores;
también consuela el llanto
nuestros dolores.

En mis reliquias vive,
fíjate en ellas,
porque allí de mis manos
están las huellas.

Y al llevarte mi beso
de despedida,
si el beso no es bastante,
toma mi vida.

ANTONIO F. GRILO.

* *

Castiga el Gobernador
al que juega á los prohibidos,
Te lo advierto para cuando
estemos los dos solitos.

TOMÁS LUCEÑO.

AMOROSA

Tal me llegó á sorprender
tu imagen cuando la vi,
que no puedo comprender
cómo Fidas pudo hacer
su Venus sin verte á ti.

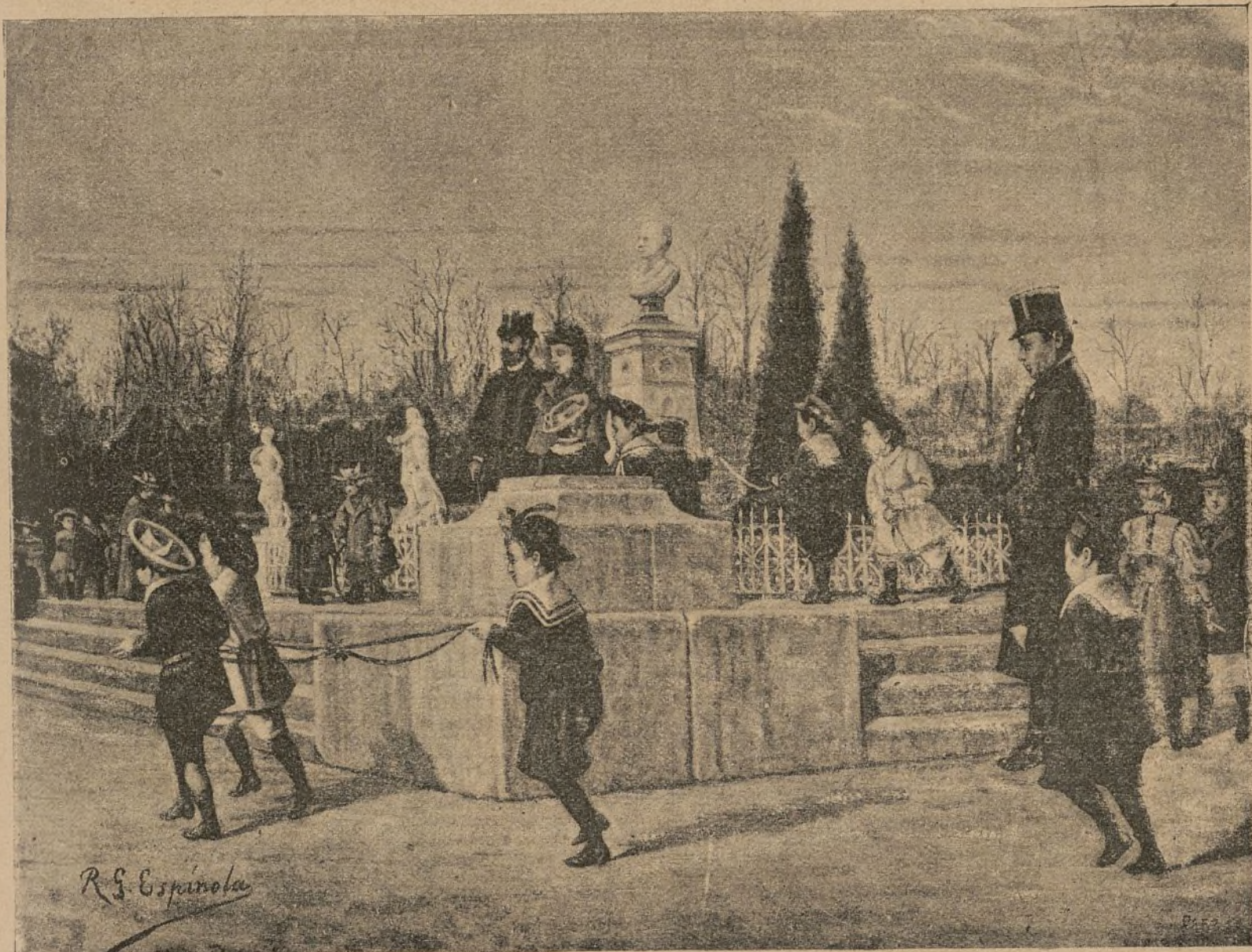
FELIPE A. DE LA CAMARA.

Á UNO.....

Tienes, imbécil, porte de salvaje,
ojos de tigre, corazón de hiena,
alma de buitre, tacto que envenena
y un cuerpo de reptil que oculta el traje.

Tu amor al bello sexo.... está de viaje;
tu dicha estriba en la desdicha ajena;
tu aliento atufa, y en tu charla obscena
no se libra una joven de un ultraje;
tachando á la virtud que se resista
de aquello que la ofenda y perjudique.
Y al que piense, pecando de optimista,
que es venganza el que tanto te critique,
que se espere á que algún naturalista
te estudie, te dé nombre y clasifique....

MANUEL G. ARDURA.



EN EL PARTERRE.—COMPOSICIÓN Y DIBUJO DE R. G. ESPÍNOLA



ANTONIO PARERA

hacer escultura propia, moderna, de esa que parece llevar dentro las palpitaciones de la vida, hubiera sido su desacierto destinándola á completar una obra del siglo pasado, solamente discreta, y en la cual se descubren tendencias artísticas que no se cultivan ya ni deben cultivarse.

Por eso afirmo que los Sres. Parera y Trilles salieron airoso de su empeño. Mas no es necesario recurrir á ese modelo para conocer el talento de estos estimables escultores, pues ambos han sido premiados en varias Exposiciones nacionales y ambos son demasiado conocidos.

De Parera aun no se han extinguido los ecos del triunfo de sus admirables grupos *Gerona*, *Recompensa del trabajo*, y otros aplaudidísimos y ensalzados por críticos y profanos.

Cuanto á Trilles, bastará decir que luchó dignamente en el concurso del frontón para la Biblioteca y Museos Nacionales, obra la más grande que se ha ejecutado en España en la presente época. Además, Trilles no es sólo un escultor, pinta con gran acierto y dibuja con la habilidad y pericia que habrán visto nuestros lectores en el número anterior.

LUIS PARDO.

NOTAS ARTÍSTICAS

Antonio Parera y Miguel A. Trilles

He aquí los nombres de dos artistas jóvenes que han surgido en estos últimos años, ganando fama con aplauso de todo el mundo, quienes poseen altas prendas de carácter, ilustración y talento sobrados para llegar, como llegarán seguramente, al más alto puesto, del que ya disfrutaban otros artistas contemporáneos.

En el número anterior publicó este periódico algunos trabajos de mérito, debidos á su inspiración, entre los cuales figuraban los llamados *Niños de la Cibeles*, obra que, ganada por ambos en concurso, y encargada por el Ayuntamiento para completar el ornamento de la fuente de la plaza de Madrid, han terminado ya, y pronto será colocada en el lugar que se le destina.

Estos dos escultores, cada uno por sí, tienen, ante el público y la crítica, conquistada su personalidad. Pero esta vez han sumado sus facultades, así como para acumular en su trabajo mayor cantidad de mérito, y en verdad que lo han conseguido, de la relativa manera que le imponían las circunstancias, pues



MIGUEL A. TRILLES

POR ÉL MISMO

LA DAMA DEL TRANVÍA



UN coche-tranvía estaba dispuesto á partir en la estación del barrio de Salamanca. La primera persona que tomó asiento fué un caballero joven, elegante, de gallarda figura, vestido de americana y hongo; pero bien calzado; con guantes de piel de perro y los puños y el cuello de la camisa terso y blanquísimos. Sin duda, era un joven de la *alta goma*.

El mayoral puso la mano en el torno para dar salida al coche, cuando apareció un numeroso grupo de gente. El coche fué invadido, y quedó lleno, colocándose en él todas las mujeres, niñas y niños que formaban parte del gentío. Los hombres, como las mujeres y los niños, vestidos al uso del pueblo, se acomodaron en las plataformas.

El conductor soltó definitivamente el freno y el carruaje partió.

El viaje debió parecer divertido al ca' allero, que no dejó de observar las caras y de escuchar la conversación de las mujeres que habían entrado. Venían de alguna quinta, de alguna fiesta, y traían grandes ramas de flores, y ramos, y cestos y canastillos vacíos que habían contenido manjares. Los niños tenían todos sus jamas, y como á lo mejor se levantaban y cambiaban de asiento por jugar, parecían arbustos que iban y venían.

Era un espectáculo entretenido que, sin embargo, pudo costarle á nuestro joven un ojo, porque uno de los niños, blanco, rubio, rizado, regordete, monísimo, le metió una rama de almendro por las narices.

Los niños chillaban y reían; las mujeres reían y cantaban; todos hablaban á gritos, como gente cansada, pero que alienta todavía con la animación de la comilona y el vinillo.

Nadie pudo ya montar en el coche, estaba comp'eto; sin embargo, en la calle de Villanueva, cuatro ó cinco de los hombres bajaron de la plataforma, despidiéndose con mucho calor y entusiasmo de las mujeres que estaban dentro; y allí mismo subió al estribo una señora verdaderamente excepcional y pasmosa.

Asomó la cabeza por el hueco de la portezuela, vió que todos los viajeros eran viajeras, menos aquel caballero de buen ver, de gran distinción y de superior crianza, sin duda, y se entró decididamente.... Claro está que el joven había de levantarse, hacer una cortesía y cederla el asiento.

Pero nada de esto sucedió, con grande asombro de la recién venida...

Y era para asombrarse... En primer lugar, jamás la había sucedido quedarse de pie donde hubiera un hombre sentado. En alguna ocasión la habían cedido su asiento hasta las mismas mujeres. Y es que sobre ser una hermosura deslumbradora, era una señora del mayor aparato.

Era alta, gruesa, llena de rostro, más blanca que la leche, y las mejillas de encendidas rosas; los ojos grandes, azules claros; la boca de rubíes y el cabello entre sí era de hilos de oro ó de rayos del mismo sol. Mas no se crea por este retrato que era la diosa de la insensibilidad, ni un rollo bien conformado de mantequilla de Soria; porque sus ojos, con ser del color del cielo, relampagueaban con despótica fiereza, y todas sus líneas y movimientos eran tan graciosos como audaces. Grande rumbo mostraba en el vestir, pero sin tocar en lo amanerado y cursi; un amplio abrigo de terciopelo negro con estampados de lises, una falda de seda recia, con bordados en el delantal de suaves colores; un sombrerillo de raso, cintas y plumas, también negras, con algún golpe de oro, y algunos alfileres retorcidos como sanguijuelas del mismo metal. Este era su traje.

¿Qué posición social tendría esta señora? Es difícil afirmarlo: podía ser una dama, podía ser una cantante, podía ser una *vengadora*.

Pues el joven, como decíamos, no se levantó; todo lo contrario; cruzó una pierna sobre la otra y derribó hacia atrás el cruerpo, con verdadera ostentación de mala crianza.

La dama de oro, leche y rosas, se puso amarilla, azul, verde y de todos los colores, de sorpresa y de indignación.

Todas las mujeres y niños, impuestos por aquella figura y aquel boato, callaron.

Entonces ella pasó adelante y se colocó de pie, recostada contra el vidrio de la portezuela frontal. De este modo parecía presidir y dominar á los viajeros.

Sonó dos veces el timbre y el coche siguió.

Han que lado ignorados muchos combates espantosos ocurridos en el silencio, porque los campeones no hablaban.... Este fué uno de esos combates oscuros.

Lo primero que hizo aquella espléndida belleza fué dirigir una mirada de inmenso deslén al joven; el joven la recibió en plenos ojos sin pestañear, con la más profunda indiferencia: nuevo insulto, más grave si se atiende á que los ojos del joven eran dos azabaches de Africa, deslumbradores. Después la dama volvió la cabeza con afectación hacia otro lado. El joven se apresuró á imitar el movimiento.... Pero ambos se miraban de cuando en cuando con el rabito del ojo.

Así pasaron cinco minutos mortales.... El coche caminaba sin interrupción y sin episodios, llevando en su vientre los elementos de un drama. Drama para todos imprevisto, pues los semblantes nada revelaban, y el despecho, y el odio, y el desprecio, y el *¿qué se había creído usted?* no hacían ruido.

¡Oh! Realmente, aquello no tenía explicación. ¿Es lícito, es decoroso que un caballero de la sociedad, un joven en la florecencia de los amores, se repantigue groseramente en su asiento mientras una *estrella* cortesana va de pie, y oscila, y se chafa el abrigo, y la falda y el gorro, con los sacudimientos violentísimos del carruaje?

¿Luego es mentira que la suprema belleza triunfa de todo? ¿Luego era mentira el vasallaje universal que había recibido hasta entonces aquella dama? ¿Luego había un hombre en el mundo, y joven, y elegante, y guapo, que no se conmovía que no se la rendía, que no la deseaba?

—¡Miserable! ¡La muerte no sería bastante expiación de tu crimen!»

Pero en la calle de Alcalá *¡tiim!*, y el tranvía para. Una joven, no mal parecida, modesta en su ademán y en su traje, subió y se quedó junto á la portezuela, viendo todos los asientos ocupados.

Seguía el coche.

Se vió entonces algo monstruoso. El caballero hizo seña con la mano á la joven de que entrase, y levantándose, y muy ceremoniosamente, le ofreció y cedió su sitio.... El se quedó de pié, delante de ella, vuelto de espaldas á la Venus madrileña. ¡De espaldas!—¡Hay testigos y aun documentos!

Al llegar á la Puerta del Sol los viajeros se apresuraron á bajar....

El joven y la dama fueron los últimos que bajaron.

Dos segundos después se oyó el ruido, inequívoco, de una bofetada.

Y fué una bofetada de padre y señor mío, de mano pequeña, mas de mano tan airada, que rasgó en tiras el guante.

Y después de la bofetada se oyó una voz de mujer que dijo:

—¡Y ahí tiene usted mi tarjeta!

ISIDORO FERNÁNDEZ FLORES.
(Fernanfior.)



DÍA DE LLUVIA

Con tanto llueve que llueve
 es Madrid una «acuarela»;
 por acá líneas de agua,
 por allá líquidas hebras.
 Una cortina de gotas
 cubre cada vidriera,
 y anubla un velo de rayas
 el cristal de cada tienda.
 Ata sus flecos la lluvia
 de los hierros de las rejas,
 de los paraguas crujientes
 y de las altas veletas.
 Rota el agua por el viento,
 pulverizada se estrella
 sobre el charol de los coches,
 por donde en ráfagas rueda.
 En los hilos del teléfono
 miles de collares tiemblan,
 y oyen vibrar los alambres
 como larguísimas cuerdas.
 De la crin de los caballos
 el aguacero se cuelga,
 y del ala del sombrero
 del que cruza por la acera.
 El niño lleva en la cara
 un leve velo de perlas,
 y pende un claro diamante
 de la nariz de la vieja.
 En los charcos de las calles,
 que el aire de arrugas llena,

el aguacero nutrido
sonoro tamborilea.
Los aleros y repisas
muestran renglones de cuentas,
y en los largos tendedores
son hilos de agua las cuerdas.
Un repicar de buriles
se oye en la ciudad inmensa,
cual si quisieran las gotas
cincelarla por doquiera.
Sobre los suelos rodando
con serpear de culebra,
huye por calles y plazas
el aguacero hecho trenzas.
En las salientes alturas
las canales se desflecan,
y al dar abajo los chorros
en las losas palmorean.
Y si en medio del diluvio
que desciende hasta la esfera,
rasga una nube su fondo
y el rubio sol lo atraviesa,
el aguacero esplendente
tendido al viento, semeja
un manto de hebras de oro
que hay entre el cielo y la tierra.

EN CUARESMA

Ensimismadas y graves
tras su cancel las iglesias,
dormitaron del invierno
en la noche sempiterna.
Sin pájaros en las torres,
sin sol en las vidrieras,

mudo el altar, mudo el coro,
cerrados libros y verjas,
en largo sopor de muerte,
lleno de extraña elocuencia,
quedaron las armonías,
los rezos y las leyendas.
Como las larvas que duermen
soñando en la primavera
que ha de darles alas de oro,
nuevo aliento y forma nueva,
las iglesias dormitaron
esperando la Cuaresma,
para sentir nueva vida
bajo sus naves desiertas.
Ya sobre el pintado vidrio
el sol revivido tiembla,
y va á despertar las notas
en las sublimes trompetas.
Ya en el misal el registro
muda la página bella,
donde el sagrado Evangelio
narra el divino poema.
Ya los vestidos altares
se coronan de violetas,
y el rezo zumba en los labios
como una mística abeja.
Ya el *Miserere* prepara
sus alaridos de pena,
para lanzarlos del órgano
entre la música inmensa.
Bajo las naves medrosas,
tardo el pie, la frente á tierra,
cruzan llorando y gimiendo
las almas en penitencia.
El quedo confesonario
fulmina sus anatemas,

tras la espesa celosía,
donde el alma se confiesa.
Todo el templo se estremece
y aguarda las santas fiestas,
y hay cambios de nueva vida
en las almas y en la tierra.
En los puros corazones
reverdece la creencia,
y en los álamos de plata
apunta la primer yema.

EL COPO

Tíñese el mar de azul y de escarlata,
el sol alumbra su cristal sereno,
y circulan los peces por su seno
como ligeras góndolas de plata.

La multitud, que alegre se desata,
corre á la playa, de las ondas freno,
y el pescador, á la pereza ajeno,
la malla coge que cautiva y mata.

En torno de él la muchedumbre grita,
que alborozada sin cesar se agita,
doquier fijando la insegura huella.

Y son portento de belleza suma
la red, que sale de la blanca espuma,
y el pez, que tiembla prisionero en ella.

SALVADOR RUEDA



(Ilustraciones de Enrique Romero y R. Latorre.)



D. MANUEL RUIZ ZORRILLA

la plazoleta frontera á la puerta de entrada y desde la explanada toda que rodea el edificio, se descubren panoramas de incomparable belleza: á la derecha, el mar en una vasta extensión, desde las aguas de Altea hasta Alicante; á la izquierda, el pinar de Villajoyosa, Cabezón de Oro y sus estribaciones de aspecto abrupto, y al frente de la quinta, Villajoyosa, su hermosa huerta sembrada de caseríos, y al término del horizonte, Aitana, la más elevada sierra del reino de Valencia, Puch campana que se distingue por su gentileza, la Cortina y Serra Chelada.

Los bancales, que forman una especie de gradería en la adjunta vista de «La Pileta», y que aparecen de trecho en trecho desnudos de vegetación, están hoy cuajados de pequeños pinos.

Dicha fotografía fué tomada el verano del año 91.

Excuso decirle que me considero muy honrado al dispensarme los proyectados honores de publicar dichas fotografías, el retrato de mi insigne amigo y el de este humilde servidor de ustedes.

Me permito referirle un episodio de Casimiro Sáinz, el autor de «Las fuentes del Ebro», notabilísimo paisajista, el primero entre los nuestros, según eminentes críticos, episodio que he callado hasta hoy.

Casimiro Sáinz, uno de mis predilectos pensionistas, se negó á pintar mucho antes de su ingreso en mi Manicomio, y ha perseverado durante su estancia en el mismo.

Aunque yo siento la belleza de los paisajes, no me fio de mí mismo, por mi evidente pasión hacia el país en que nací; pero había oído ponderar los diversos panoramas que desde «La Pileta» se descubren. Hizo de ellos gran encomio un paisajista andaluz, que también fué pensionista mío y salió curado.

Presumiendo que la impresión que Casimiro Sáinz recibiría al tender la vista por los dilatados horizontes de «La Pileta», pudiera vencer su titánica resistencia á pintar, pedí á su familia la caja de colores y unas tablas preparadas al efecto.

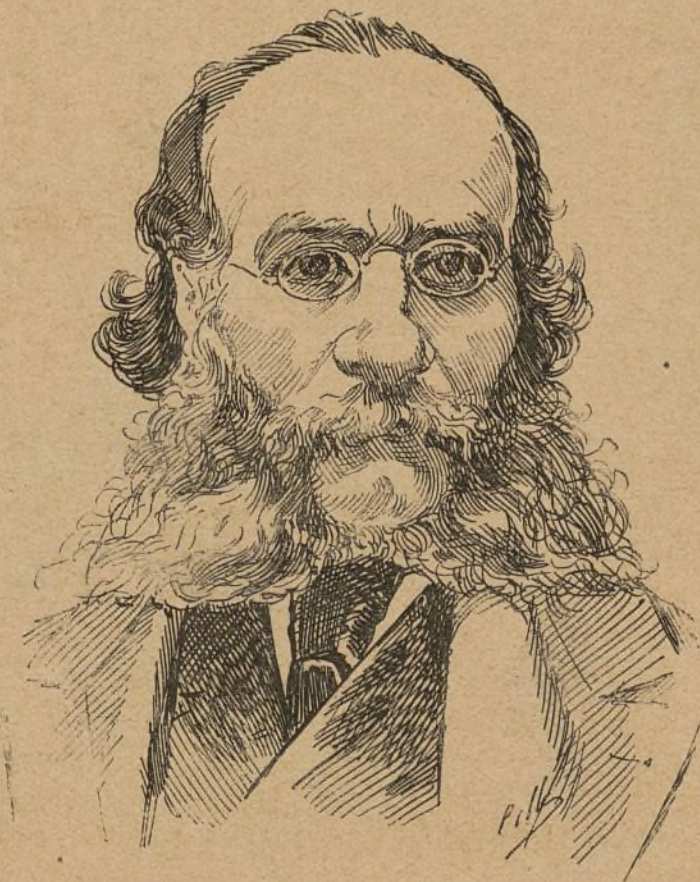
El Doctor Esquerdo

El doctor Esquerdo, que es, no sólo una personalidad de primer orden, sino un carácter, acaba de realizar acaso el hecho más alto y noble de su vida; el de renunciar á la política y dedicarse á curar á la humanidad: rasgos de ese valer sólo los tienen los grandes hombres de verdad, los cuales poseen talento para todo; y, si no, véase por el siguiente documento, que ha dirigido á nuestro querido compañero D. Enrique Romero, cómo en la misma mano con que toma el pulso el doctor Esquerdo, está la pluma del literato.

Sr. D. Enrique Romero de Torres.

MI RESPETADO SEÑOR Y QUERIDÍSIMO AMIGO: Tengo el honor de mandarle las fotografías que se ha dignado pedirme.

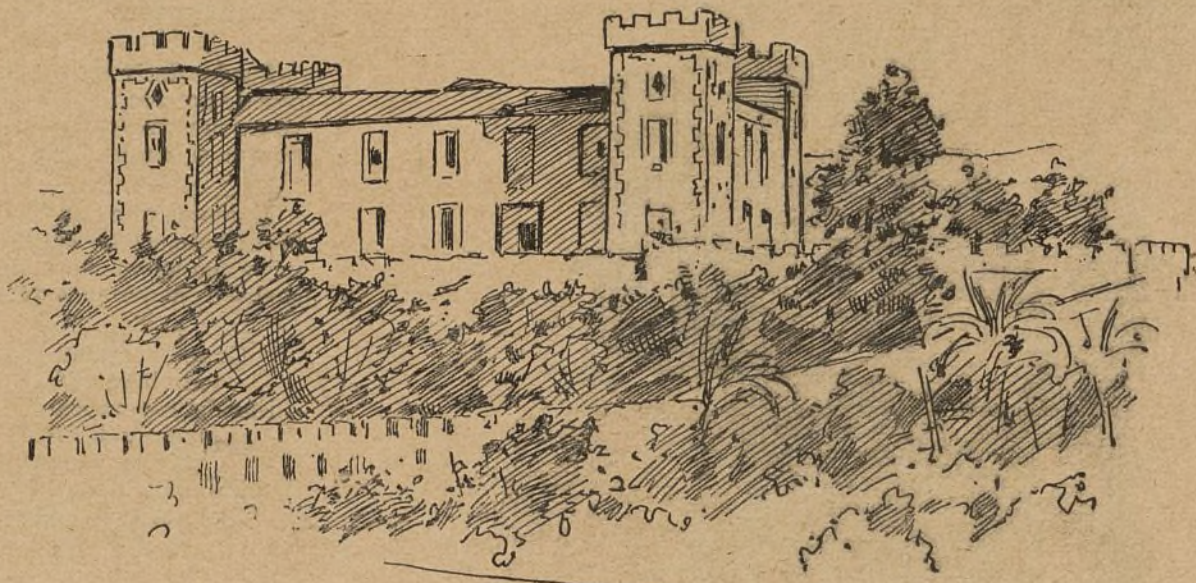
«La Pileta», actual residencia del Sr. Ruiz Zorrilla, está situada en la cumbre de elevado cerro; desde



D. JOSÉ MARÍA ESQUERDO

Provistos de todo, salimos de «El Paraíso» unos cuantos pensionistas, camareros, y un servidor; después de recorrer el huerto y comer frutas en la cañada que forma el terreno, al pie del cerro sobre que se asienta «La Pileta», subimos á la explanada, que semeja un reduto.

Casimiro Sáinz había recorrido todo el trayecto, como siempre, abismado en sus delirios; mis instancias para que se fijase en éstas ó las otras arboledas, no conseguían más que fugaces llamaradas de atención; cuando al llegar á la referida



EL PARAÍSO

plazoleta, le dije: «D. Casimiro, mire usted.....»; y nuestro insigne paisajista, que habitualmente anda encorvado, tiende la vista, se yergue, alza los brazos y exclama convulso: «¡Pinceles, pinceles!» Le dí la caja y una tablita; toma un pincel, y de cada trazo brotaba un accidente del terreno, de maravilloso parecido é incomparable belleza; pero al poco rato, con el mismo pincel, tachó el paisaje, diciendo: «He dicho que no pinto más, y no pinto.»

Á pesar del extremo respeto que me merecen mis pensionistas, me he arrepentido de no haberle arrebatado de las



LA PILETA

manos aquella tablita, que hubiera tenido hoy el honor de remitir á ustedes, y que acaso hubiese adquirido gran valor por su propio mérito, y por el que le prestarían los sucesos de actualidad.

Debo hacer constar, para satisfacción de ustedes, que la Diputación provincial de Santander paga la asistencia de nuestro insigne artista.

Dígnese aceptar las mayores seguridades de mi consideración y respeto; suyo afectísimo amigo,

J. M. ESQUERDO,



UN VOLUNTARIO PARA CUBA
DIBUJO DE JULIO ROMERO DE TORRES

MENTIRAS DE LA CIENCIA

Dicen que el cuerpo y el alma
siempre juntos han de ir....
Me causa risa la ciencia;
que vengan sabios á mi
y les probaré que un cuerpo
sin alma puede vivir.
Yo tengo el alma en Sevilla,
y mi cuerpo está en Madrid.

C. JOSÉ DE ARPE

Yo, de noche, morenita,
á tu azotea me paso,
para besar los claveles
que por el día has tocado.

BALDOMERO LAGUILLO.

El pintor Antonio Cumbres,
que tiene las piernas tuertas,
es de historia ó de costumbres?
Pues, no, señor; es de puertas.

R. CAMPILLO DEL HOYO.

CANTARES

(Escritos por una de nuestras notabilidades médicas,
de quien publicaremos el retrato en nuestro pró-
ximo número, con los de otros médicos.)

Mi madre, cuando era niño,
dulces caricias me hacía;
y tú dices que me quieres,
y me niegas tus caricias.

Puedes decir á tu madre
que de amarte me arrepiento;
yo no me atrevo á decirlo,
porque si lo afirmo, miento.

Mariposa que á la luz
las alas de encaje acercas,
mira que lo más hermoso
suele ser lo que más quema.

Cuando el amor es puro
todo lo amplía,
ilusión, esperanzas,
placer y dicha.
Por el contrario,
todo lo atrofia y mata
cuando es liviano.

El niño que muere,
el ángel que nace:
¡qué de penas, empero, este cambio
produce á los padres!

Por ti tengo enfermos
los ojos y el alma,
y me paso la vida lanzando
suspiros y lágrimas.

Cuéntale á tu padre
que me inspiras celos:
ya verás cómo dice que cuides
no atizar el fuego.

Malo si te ríes,
peor si te enojas:
al amor que de veras se siente
el aire le estorba.

Soy pobre, tú rico,
no puedo quererte:
que al amor, el dinero le humilla,
le sitia y le vence.

Dime que me quieres,
dime que me adoras:
pensaré que de pronto cambiaron
los siglos en horas.

Se pasa la vida,
se pasa esperando,
y, por fin, si algo llega, es el duro
cruel desengaño.

AYER Y HOY

Ayer, á tus pies de hinojos,
viendo los bellos sonrojos
que tu inocencia dictaba,
mi corazón se abrasaba
con el fuego de tus ojos.

Hoy, ¡cuán distinta es mi suerte!
Tu pudor perdido, al verte
no encuentro en tu tez sonrojos;
hoy cuando miro tus ojos
siento el frío de la muerte.

TADEO HUELMO.

VARIEDADES

(DIBUJOS DE QILLA.)



UN GENIO ESCONDIDO

—Ahora, con motivo de los sucesos de Cuba, podía yo leer (si quisieran oírme) esta oda, que empieza:

Cruzando el mar alevé y proceloso,
marchó Colón el año no sé cuántos;
y su pecho viril é impetuoso
sufrió mil penas y diez mil quebrantos.



CONFERENCIA

SOBRE LA INFLUENCIA DEL MODERNISMO, ETC., ETC.

—¡Pero, señor, de qué se reirán, si hasta ahora sólo he dicho que «Se necesitan por todos conceptos, evitar la influencia di-recta!.....»



EN EL ENTREACTO

—Desengáñate, ya todo lo que se hace en el teatro son plagios. El año pasado hicieron aquí otro drama, en que la dama también se llamaba Carmen y había un criado que respondía por Julián. Como ves, el robo del asunto de la obra es manifiesto.



¡OH, EL POTAJE!

—Lo vengo ya observando hace tres días; á mí jamás me sientan las judías.



Nos es absolutamente imposible poder publicar la carga de originales que á diario recibimos: entre ellos, los hay excelentes, y los daríamos á luz; pero, ¿dónde vamos por el espacio?



Don Leopoldo Trénor, un aventajadísimo poeta valenciano, ha publicado un *Ramillete de versos* muy lucido; le agradecemos el ejemplar que nos regala.

ESCALA SILÁBICA ROMBOIDAL POR FRANCISCO NOVEJARQUE

1 — 2
3 — 1 2 — 4
5 — 3 4 — 6
7 — 5 6 — 8
9 — 7 8 — 10
11 — 12
13 — 14
15 — 16

Sustituir los números por sílabas de dos letras, de modo que horizontal y diagonalmente se lea:

1—2 Apellido de un pintor. 3—1 Vivien-
da. 2—4 Teatro. 5—3 En el mar. 4—6 Re-
unión de flores. 7—5 Adjetivo. 6—8 Raza.
9—7 Parte del cuerpo. 8—10 Animal.
11—12 En los árboles. 12—8 Nombre de mu-
jer. 11—13 Adjetivo. 14—12 Flor. 13—15
Goma. 16—14 Animal. 15—16 Tiempo
verbal.

Los números iguales se han de sustituir por las mismas sílabas.

CONCIERTO DE ESTRELLAS POR ÁNGEL SUERO

Sustituyendo las estrellas por letras, formar los apellidos de ocho célebres escritores; y en la línea de puntos el nombre y apellido de otro escritor festivo.

DERECHOS RESERVADOS.

CHARADA, POR ÁNGEL SUERO

Dos-cuarta, insignia presente
que el doctor ha de tener;
prima-dos es, has de ver,
claridad del día naciente.
Lanza *tres-cuarta* el que miente
con descarada osadía;
es la *todo* vocería,
clamoreo y algazara,
por un hecho que engendrara
la más perfecta alegría.

SOLUCIONES

A LOS PASATIEMPOS DEL NÚMERO 89.

A LA TARJETA ANAGRAMA:

Mujer y Reina. — Mariano Pina Do-
mínguez. — Ruperto Chapi.

A LA CRUZ ACROSTICA:

Z A F R A
O T E R O
B O R O S
S Z A N G A A
A A Z A N A N
S A Q G P N N O A S H I B
U G U I O T C G R A U E O
F U E N T E L A H I G U E R A
L D R E E R B N E C T M L
I O O S S R A D S A E R O
A P O L A N E
T L I L L O R
U G E N A
H E R A S
A Ñ O R A

AL CUADRADO:

R A S A
A T O S
S O T A
A S A R

Las soluciones de los pasatiempos de este número
se publicarán en el siguiente.

NO SE DEVUELVEN LOS ORIGINALES
LITERARIOS NI ARTÍSTICOS

ENCARGO

—¿De dó vienes?
—De Oropesa.
—¿Y por qué vienes?
—¿Por qué?
Porque me encarga Teresa
que la compre un reloj de
la **Relojería Inglesa**.

17, PRECIADOS, 17.

DR. BALAGUER, PRECIADOS, 25
INSTITUTO DE VACUNACIÓN DE TERNERA

Banco Hispano Colonial

ANUNCIO

BILLETES HIPOTECARIOS DE LA ISLA DE CUBA

Emisión de 1886

Treinta y cinco sorteo de amortización

Celebrado en este día, con asistencia del notario D. Luis G. Soler y Plá, el treinta y cinco sorteo de amortización de los billetes hipotecarios de la isla de Cuba, emisión de 1886, según lo dispuesto en el art. 1.º del Real decreto de 10 de Mayo de 1886 y Real orden de 8 de Febrero de este año, han resultado favorecidas las diez y seis bolas

Números 367—909—1.158—1.786—2.212
3.051—3.434—3.978—5.332—5.971—7.280—
7.424—7.694—9.088—10.105 y 11.470.

En su consecuencia, quedan amortizados los mil seiscientos billetes

Números 36.601 al 36.700 — 90.801 al
90.900 — 115.701 al 115.800 — 178.501 al
178.600 — 221.101 al 221.200 — 305.001 al
305.100 — 343.301 al 343.400 — 397.701 al
397.800 — 533.101 al 533.200 — 597.001 al
597.100 — 727.901 al 728.000 — 742.301 al
742.400 — 769.301 al 769.409 — 908.701 al
980.800 — 1.010.401 al 1.010.500 y 1.146.901 á
1.147.000

Lo que, en cumplimiento de lo dispuesto en el referido Real decreto, se hace público para conocimiento de los interesados, que podrán presentarse, desde el día 1.º de Abril próximo, á percibir las 500 pesetas, importe del valor nominal de cada uno de los billetes amortizados, más el cupón que vence en dicho día, presentando los valores y suscribiendo las facturas en la forma de costumbre y en los puntos designados en el anuncio relativo al pago de los expresados cupones.

Barcelona, 1.º de Marzo de 1895.—El Secretario general, *Aristides de Artiñano*.

Est. tipográfico «Sucesores de Rivadeneyra».